

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario volvió desde Acaponeta a Xalisco”

p. 118-122

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

xico, llamado fray Diego Delgado, uno de los muchos que fueron a Guatemala por no quedar a la obediencia y gobierno del provincial fray Pedro de San Sebastián, viendo (como atrás queda dicho) que gobernaba la provincia con sola la autoridad de la Audiencia; casi todos éstos volvieron de Guatemala a México, pensando que con la presencia del padre comisario se allanaran las alteraciones pasadas, y viendo que no le querían recibir y que negociaron cómo la Audiencia no le dejase entrar en la provincia, ni tuviese que ver con ella (como queda referido) pasaron a Michoacán, donde por ser lenguas mexicanas y otomíes trabajaron en la obra de los naturales todo el tiempo que el padre comisario se detuvo en aquella provincia. El fray Diego Delgado, habiendo concluido un negocio que el padre comisario general le encomendó cerca de Cocula, acudió con él a la provincia y alcanzóle en Xala y de allí le acompañó hasta Acaponeta, desde donde, como dicho es, le llevó por *nauatlato* hasta tornar a la parte de Michoacán, como agora se verá.

[CAPÍTULO LXXXIII]

De cómo el padre comisario volvió desde Acaponeta a Xalisco

Visitado, como queda visto, el convento de Acaponeta, porque para visitar los demás que no estaban visitados era menester dar la vuelta hacia Guadalajara y llegar a Cocula, desde donde se había de ir al valle de Autlán, Colima, Zapotlán y Tuchpa y a otras partes, determinó el padre comisario salir de Acaponeta y volverse a Xalisco; y poniendo esto por obra partió lunes en la tarde, veintiséis de enero, de aquel pueblo y convento, y pasado el río por el vado, porque ya se le había quitado el enojo, y andadas dos leguas de camino llano, llegó antes de ponerse el sol a un pueblo pequeño de aquella guardanía, llamado San Philipe Atztatlan, de indios que hablan la lengua pinome o piñonuquia, donde se le hizo muy solemne recibimiento; salieron al camino algunas danzas de indios en trajes de chichimecas y todos le hicieron mucha fiesta; ofrecieronle pan de Castilla y bizcochos, plátanos, batatas, gallinas y una botijuela de vino, que por allí se estima en mucho; habían acudido a aquel pueblo los indios de otros pueblos vecinos y todos se regocijaron con la llegada del padre comisario, el cual se detuvo allí aquella noche.

Martes veintisiete de enero salió de madrugada de Atztatlan con una luna muy clara, y pasado el riachuelo de Santa Ana, y andadas cuatro

leguas largas por el mismo camino que había llevado a la ida, llegó antes que amaneciese al rancho de Ozomatlán o de los Pescadores, donde halló algunos indios de aquel pueblo que le estaban aguardando, los cuales, con otros compañeros suyos que acudieron luego, rogaron e importunaron al padre comisario que pasase a su pueblo. Hízolo así por no desconsolarlos y pasáronle en unas canoas hechas de heno, o eneas, por una lagunilla de agua muy hedionda; llegado al pueblo halló toda la gente a la puerta de la iglesia, puesta en procesión, y después de haber hecho oración con ellos y agradecido su devoción y recibimiento, descansó un poco en un pobre aposentillo que estaba pegado a la iglesia; trujeron a aquella hora (que ya amanecía) huevos y pescado aderezado, y gallinas de Castilla que con su simplicidad habían cocido con el pescado juntamente en una misma olla y agua; comieron los que tenían necesidad y luego, en las mismas canoas, tornaron los indios a pasar al padre comisario y a sus compañeros al rancho sobredicho; aunque es pequeño aquel pueblo, había en él dos lenguas diferentes una de otra, la una es iruzanuquia y la otra cuari-nuquia; desde el rancho prosiguió el padre comisario su viaje por el mismo camino que a la ida, y andadas cuatro leguas llegó muy fatigado del sol al pueblo de San Pedro Tanauehpa, donde fue recibido con mucha fiesta y se detuvo hasta la tarde.

Estando en aquel pueblo el padre comisario vinieron a verle y hablarle siete u ocho indios chichimecas de la sierra, con cabellos largos y zarcillos en las orejas; pidiéronle en nombre suyo y de sus compañeros (que según dijeron eran cuarenta casas) que les enviase quien los doctrinase en las cosas de la fe, porque eran cristianos bautizados y que aunque los años pasados se habían subido a la sierra huyendo de miedo de los soldados que los maltrataban, ya se habían bajado a lo llano y tenían comenzada su iglesia. Agradecióselos mucho el padre comisario y consolólos y animándoles a que se congregasen y a que acabasen la iglesia, y que les enviaría religiosos de Centípac que los ayudasen así a hacer esto como a su cristiandad; hízoles dar de comer y quedaron muy contentos, y estaban todos, las bocas abiertas, mirándole; después de comer volvieron con la misma petición por escrito y respondióles lo mismo. Para entender a estos indios, que eran de diferente lengua y no sabían la mexicana, decían sus razones a un indio principal de aquel pueblo que los entendía y él las decía en lengua mexicana al *nauatlato*, y el *nauatlato* al padre comisario, y por estos atenores se negociaba, que no era pequeño trabajo.

Aquella tarde después de comer, y de haber descansado un rato, partió el padre comisario de aquel pueblo, pasó el río por el vado, aunque daba el agua a las cinchas y aún más arriba, y andada media legua llegó al

poblezuelo llamado San Juan Omitlán, cerca del cual salieron de entre las matas sólo dos indios desnudos y enbixados como chichimecas de guerra, con adargas y *macauitles*, tan de improviso y con tanta grita y algazara, que a la bestia en que iba el padre comisario y a las demás de la compañía hicieron dar una vuelta a la redonda, y no fue poco no caer ninguno de los que iban en ellas; luego comenzaron a tirarse limones ceotíes y a darse de porradas en las adargas con sus porras, y con esta fiesta llegó el padre comisario a la puerta del patio de la iglesia, donde estaba toda la gente junta, aguardándole, puesta en procesión. Dioles la bendición y gracias por lo que habían hecho, y prosiguió su viaje la vía de Centípac, que está cuatro leguas de allí de camino llano y llegó allá, pasado en ellas un arroyo, con un sol recísimo; saliéronle al encuentro ocho o diez indios de a caballo y fuéronle haciendo fiesta un gran trecho, dando grita y corriendo sus caballos y recibiendo golpes de limones que otros indios de a pie les tiraban; a la entrada del pueblo tenían hechos muchos arcos y ramadas y a la puerta del patio de la iglesia estaba junta toda la gente de aquel lugar y de otros de la comarca, con un *mitote* o baile a su modo, y todos recibieron al padre comisario con mucha devoción y contento.

Está aquel pueblo tres leguas del Mar del Sur, es pequeño, que aún no tiene cien vecinos, pero todos son gente devota; está situado en tierra muy calurosa, muy poblada de mosquitos; la lengua materna y natural de los de aquel pueblo, y de otros muchos de los de aquella guardianía que están a la banda del norte, se llama pínutl o pinonuquia, y esta misma dicen que es la de los coras y coanos y huainamotecas, pero en otros pueblos, que son los que están a la costa, hablan la lengua naarinuquia, y en los unos y en los otros se habla y se entiende la mexicana; solamente en un pueblo hay una lengua peregrina y todos caen en el obispado y jurisdicción de Guadalajara. Dos de aquellos pueblos de la costa están en unas islas dentro de dos lagunas y otro junto a un estero, y en todos tres se hacen grandes pesquerías de ostiones y otros pescados; algunos pueblos de los de la parte del norte están en la sierra y confinan con chichimecas de guerra, y allí junto hay unas minas de plata llamadas Tenamach, donde residen muchos españoles, y un clérigo que les administra los santos sacramentos, y si hubiese ministros se podría extender mucho por allí la fe y el santo evangelio; los indios de aquella guardianía son muy dóciles y domésticos y andan razonablemente vestidos, al uso y traje de los de Xalisco, y así también andan los de Acaponeta. Dase en aquella guardianía de Centípac mucho algodón, maíz y chile, y muchas frutas y legumbres de tierra caliente; danse muchas berenjenas y hay tantas que están puestas dentro de los patios de las iglesias por orden y concierto como si fuesen matas de murta o de arrayán; duran en aquella tierra dos y tres y aun cuatro años,

y se hacen arbolillos. En Centípac hay falta de agua; tráese para beber del Río Grande que pasa una legua de allí; solía pasar el río de San Pedro por junto a las casas de Centípac y reventó la madre por donde venía y fuese toda el agua por otra parte, que es por donde corre agora, y quedóse la madre vieja en seco como agora se ve. El convento es una casa pobre, de aposentos altos, con su corredor y su iglesia, hecho todo de adobes y cubierto de paja, su vocación es de nuestro padre San Francisco; moraba allí sólo un religioso, visitóle el padre comisario y detúvose con él hasta todo el jueves; ofreciéronle los indios muchas gallinas, lizas, pargos, ostiones y plátanos.

Viernes treinta de enero partió el padre comisario muy de madrugada de Centípac, y andadas dos leguas de camino muy llano llegó antes que fuese de día al pueblo de Santiago Tecomatlán, donde a la ida había tenido la fiesta de Santa Inés. Detúvose allí como hora y media y luego volvió a su tarea, y andadas otras dos leguas pequeñas, también de buen camino, llegó a Huitzcuintlan, donde a la ida había estado el día de San Sebastián; allí le dieron los indios de comer, aunque con gran persecución de mosquitos. Después de comer y haber descansado un poco salió el padre comisario de aquel pueblo, y pasado el Río Grande, como a la ida, dejó el camino que entonces había llevado y tomó otro más hacia el mediodía, que le certificaron ser más corto y más llano, y andadas por él largas cuatro leguas en que pasó muchas ciénagas secas que en tiempos de aguas estuvieron muy malas, y pasado a la meitad del camino un riachuelo y después un arroyo, llegó al ponerse el sol a un poblecito de la guardianía de Xalisco llamado Acualixtempa, de indios de la lengua pinome, donde fue muy bien recibido. Salió un cuarto de legua del pueblo un indio a caballo con una bandera de tafetán colorado, puesta en una asta muy larga con una cruz y imagen en lo alto, y en descubriendo al padre comisario volvió las riendas y dio a correr y avisó a los del pueblo, del cual salieron los trompeteros, y subidos en una ramada que para el efecto tenían hecha en el mesmo camino, comenzaron su música; luego de detrás de la ramada salieron seis indios de a pie en traje de chichimecas, con muchas plumas en las cabezas y con adargas hechas de varillas y cubiertas con cortezas de caimanes, dando grita y tirándose unos a otros con limones ceotías, hasta llegar al pueblo, donde en otra ramada estaban las chirimías y luego toda la demás gente puesta en procesión; agradeciéles el padre comisario su devoción y ellos le ofrecieron un gallo de la tierra muy grande y un palmito muy lindo, que los hay por allí muchos y muy buenos; es tierra aquella muy caliente, dase mucho algodón, danse plátanos y anonas y miel blanca y muy buena, pero tam-

bién se dan y crían muchos mosquitos, de los cuales hubo aquella noche gran persecución. El palmito sirvió de colación, y el gallo se llevó al convento de Xalisco.

Sábado treinta y uno de enero salió el padre comisario a las dos de la madrugada de Acualixtempa, y subidas muchas cuestas y pasadas algunas barrancas y ocho o nueve arroyos, y andadas siete leguas de camino pedregoso en muchas partes, llegó muy cansado al pueblo de Tepic, de la guardianía de Xalisco, una legua de aquel convento por donde había pasado de largo una madrugada a los diez y nueve del mismo; salióronle a recibir las trompetas y chirimías una legua, y poco menos los principales del pueblo, todos a caballo, y últimamente todo lo restante de la gente, así indios como indias, chicos y grandes, a la puerta del patio de la iglesia, donde también estaba el guardián de Xalisco y su compañero aguardándole. Detúvose allí el padre comisario una hora; acudieron los indios a verle con sus presentes de pan de Castilla, plátanos, batatas y una bota de vino, con mucha devoción y alegría, que toda es gente devota. En aquel pueblo estuvo al principio de la conquista algunos años la Audiencia de la Nueva Galicia, porque allí era también la frontera de los chichimecas e indios de guerra; después se pasó a la cibdad de Compostela que habían fundado en memoria de la cibdad de Santiago de Galicia, cuatro o cinco leguas de Tepic, y últimamente se pasó a la cibdad de Guadalajara, donde está al presente; junto a Compostela hay minas de plata muy ricas. Moran en aquella cibdad hasta veinte españoles y en Tepic cinco o seis.

[CAPÍTULO LXXXIV]

De cómo el padre comisario llegó a Auacatlán, y del volcán de Xala

El mismo día, sábado treinta y uno de enero, partió el padre comisario de Tepic, y dejando el camino que va a Xalisco, porque se rodea por él una legua, tomó el derecho, la vía de Auacatlán, y pasadas dos acequias y un buen arroyo y un río, y andada una legua, llegó al pueblo de Analco, donde a la ida había estado a los diez y siete de aquel mes; estaba toda la gente junta aguardándole, dioles las gracias y pasó adelante, y andadas tres leguas de buen camino en que se pasa un riachuelo y una fuente, llegó junto a una estancia y molino, orilla de el mismo riachuelo que va por allí dando vueltas, donde descansó un gran rato a la sombra de unos árboles y comió lo que el compañero del guardián de Xalisco había lle-